

LA PROSA DE UN JURISTA

Por

JOSÉ IGNACIO GRACIA NORIEGA
Cronista Oficial de Llanes

Revistas@iustel.com

e-Legal History Review 11 (2011)

SUMARIO: I. La prosa del siglo XVIII: generalidades: II. Jovellanos ante la prosa del siglo XVIII. III. La poesía de Jovellanos. IV. Afán didáctico en la prosa jovellanista. V. A modo de conclusión.

I. LA PROSA DEL XVIII: GENERALIDADES

El siglo XVIII fue prosaico y antipoético. Lo peor del caso es que se escribió, además, prosa mala, sobremanera si la comparamos con la gran prosa del siglo anterior, la de Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo. En Inglaterra también fue siglo de prosa, pero hubo un prosista de enorme talento, Samuel Johnson, y al final del siglo surge el romanticismo en la poesía lacustre de Wordsworth y Coleridge. Curiosamente, en España, una sola figura, la de don Gaspar Melchor de Jovellanos, abarca ambas tendencias, ya que presenta algún punto de coincidencia con Johnson, de manera especial como autor de relatos de viajes (he señalado en una reseña algunas coincidencias entre el “Viaje a las Islas Occidentales de Escocia” de Johnson y los “Diarios” de Jovellanos, en las que me gustaría insistir: ambos relatos describen regiones desoladas, atrasadas y frías, con parecidos puntos de vista), y, si no en la letra, si en el son, con los “lakistas”, como uno de los iniciadores del primer romanticismo en su tierra.

Ramón Menéndez Pidal señala en su *Antología de prosistas españoles*:

El siglo XVIII es de gran decadencia de la prosa. Apenas se emplea ésta más que en la exposición doctrinal y en la controversia; abundan los investigadores de la historia, Berganza, Flórez, Masdeu, Mayans, pero si sus escritos están muy llenos de crítica, carecen de estilo, y la historia como arte no se escribe hasta Quintana; la novela no tiene otra manifestación notable que el “Fray Gerundio” del P. Isla; en fin, apenas se hallarán sino de maneras de prosa: la didáctica y la

polémica. A consecuencia de esta pobreza de vida literaria, los buenos escritores de este siglo encontraban una gran dificultad en su camino, pues lejos de disponer de una lengua artística favorable, la hallaban estragadísima, teniendo que aplicar cuidado y atención muy especiales en huir de muchos defectos en que abundaba la lengua que entonces se escribía ordinariamente.

Jovellanos fue de los primeros en encararse eficazmente con ese problema de una lengua estragada. Para remediarlo, en parte se recurría al magisterio de los clásicos. Pero Jovellanos también abordaba asuntos nuevos como la economía, la meteorología o ese conocimiento evanescente que más adelante se denominó sociología, para lo que se requerían un léxico nuevo y unas formas expresivas diferentes de las habituales.

II. JOVELLANOS ANTE LA PROSA DEL XVIII

No fue Jovellanos el único prosista importante del siglo XVIII. Ya se ha citado al P. Isla, autor de la única novela perceptible de la época (las de Pedro de Montengón se caen de las manos), muy saludable por lo que contiene de sátira inteligente contra esa calamidad de aquel tiempo y de éste -más aún de éste- que es la pedantería. Y no deberemos olvidar al arcaizante Diego Torres Villarroel, quien amparándose en Quevedo, se apartó de la insipidez literaria generalizada, y al P. Feijoo, que es, en España, el verdadero aclimatador del ensayo, el nuevo género que Montaigne había puesto en circulación. A su lado se sitúa la prosa de Jovellanos, de la que escribe Menéndez Pidal que “puede pasar por el mejor tipo de prosa que nos ofrece el siglo XVIII, en él aparecen reunidos con feliz tino los elementos de la lengua clásica con los elementos nuevos que era necesario acoger para reflejar el pensamiento moderno, predispuesto a giros distintos que los habituales en los autores antiguos, y preocupado de materias por ellos no tratadas, como las relacionadas con la economía”. Aunque si comparamos los escritos de Jovellanos con los de Feijoo, comprobaremos que los de esto son más ensayos en un sentido moderno que los informes y memorias de Jovellanos, de carácter didáctico y político.

Concorre en Jovellanos otra circunstancia que no se da en Feijoo y es que era poeta: y no poeta del todo malo, como Johnson, aunque tenía las prevenciones contra la poesía inevitables en un ambiente antipoético y en su caso concreto, debido a su profesión de magistrado. No consideraba la poesía ocupación digna de persona seria. “En medio de la inclinación que tengo a la poesía, siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor”. Sin duda Jovellanos consideraba razonable la opinión de D’Alembert que Valéry consideraba como

expresión máxima de una actitud antipoética: “He aquí una ley rigurosa que nuestro siglo impone a los poetas: no reconoce como bueno en verso lo que encuentra excelente en prosa”.

III. LA POESÍA DE JOVELLANOS

Como poeta cultivó la insulsa poesía de los Batilo, Arnesto, Anfriso, Jovino, Poncio, y demás pseudopastores, que tanto banalizaron la poesía del siglo. Era una poesía meliflua y blandengue, tal vez propia de caracteres asimismo de poca consistencia, como el de Menéndez Valdés, acomodaticio, poco resolutivo y, cuando llegó el momento, afrancesado, que se comportó de manera vergonzosa e indigna cuando estuvo a punto de perder la cabeza en el Campo de San Francisco de Oviedo a manos del populacho exaltado. En cambio, la actitud de Jovellanos en aquellos decisivos momentos fue enérgica y noble, hasta el punto que Gregorio Marañón afirmó que de haber vivido los días convulsos y difíciles de 1808, no hubiera sido patriota ni antipatriota, liberal ni afrancesado, sino jovellanista.

Técnicamente, no fue un buen poeta: abusó de las licencias, no dominaba los acentos, se pierde con las cesuras y las sinalefas, y su verso, en numerosas ocasiones, resulta duro, casi prosa. “Su estilo es más bien una prosa noble y culta que una dicción verdaderamente poética -dictamina Quintana-. Sus versos no tienen el halago, el numen y la armonía que necesitan para herir agradablemente el oído y grabarse en la memoria”.

Fue poeta fluvial y lunar: mejor cantando a la luna que al Betis. Y a veces, en sus versos de poca sustancia, se incrustan algunos de condición poco frecuente en la acaramelada poesía de la época:

No los aprecia, tiénese más que ellos,
y vive así. Sus dedos y sus labios,
del humo del cigarro encallecidos,
índice son de su criaza. Nunca
pasó del Be a Ba. Nunca sus viajes
más allá de Jetafe se extendieron;
fue antaño allá a ver a sus novillos
junto con Pocotrigo y la Caramba;
por señas que volvió ya con estrellas,
beodo, por demás, y durmió al raso.

El asunto, una escapada que termina en juerga, no es poético, según el entender de la época, lo mismo que el léxico (“humo de cigarro”, “novillos”, “beodo”). Estos versos lo mismo pueden adelantarse a su época, que volver a la del quedevesco Torres Villarroel. En cambio, se adelanta claramente en otros en los que preludia, con antelación, el

primer romanticismo. El luego frecuentísimo desasosiego romántico, que Cadalso conocía (en las “Noches lugubres”) y que Meléndez Valdés califica como “dolor universal”, también lo siente Jovellanos. “Este dolor lo siente Jovellanos en 1779”, precisa Russell P. Sebold. En la “Epístola de Jovino a Anfristo”, escrita en El Paular, estando de noche en un bosque en tinieblas, el poeta se desmelen...románticamente:

¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque umbrío!
 ¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria,
 taciturna mansión!

El léxico, adecuado a su época, no lo es a ésta, y trivializa la emoción. Pero pocos versos adelante, aparece uno con las palabras precisas y la metáfora adecuada que sirve para cualquier tiempo y sentimiento:

Llega en tanto la noche, y con su manto
 cobija en ancho mundo.

La noche, en la línea de Edward Young, cobija sentimientos lugubres, desasosiegos poéticos, advertencias tenebrosas. Esta es una de las líneas de penetración romántica, y Jovellanos la sigue sin renunciar a ningún elemento de su escenografía:

Lleno de congojosos pensamientos
 Paso la triste y perezosa noche
 Molesta vigilia sin que llegue
 A mis ojos el sueño, ni interrumpen
 Sus regalados bálsamos mi pena.

Muchos años después, ya en plena marea ascendente del romanticismo, Jovellanos compone, en la arribada forzosa a Muros de Galicia, unos versos inequívocamente románticos, aunque el léxico (“medrosas tinieblas”, “fiero Aguilón”) y las espantosas rimas agudas (“escribir/timón”, “ocasión/voz”, libró/arribó”), certifiquen que el poeta no mejoró de oído aunque haya cambiado de estilo. No obstante, los versos crean una atmósfera romántica, casi de habanera:

Oh, que amargos, penosos momentos
 Pasa el triste viajero en el mar,
 Cuando baten su nave los vientos
 Y en la costa la van a estrellar.

El temperamento de Jovellanos era más romántico de lo que convenía a un magistrado, aunque él no lo advirtiera, de la misma manera que M. Jourdain hablaba en

prosa sin saberlo. En la famosa anotación de su diario que registra su nombramiento como embajador en Rusia (el 16 de octubre de 1797), después de lamentarlo; “Cuanto más lo pienso, más crece mi desolación. De un lado lo que dejo, de otro el destino a que voy”. (Por una vez, el augurio resultó en todo acertado), remata con una anotación metafórica, expresión de su estado de ánimo: “La noche cruel”. El poeta que era Jovellanos nos cierra una anotación en prosa con una impresión poética.

Y es que, como afirma Gerardo Diego, “poeta en prosa D. Gaspar lo es en sus mejores momentos. Pero aún en otros, su atención y sensibilidad para todos los fenómenos de la naturaleza le convierten en poeta en potencia, si bien de momento se limite a una simple anotación en el registro diario”.

Como poeta, y esto es importante en un escritor, Jovellanos desarrolló una notable variedad temática: los versos del Paular o el soneto *A la noche*, no son inconveniente para que haya ensayado una suerte de arenga épica en el *Canto guerrero para los asturianos*. Pero ni como poeta lírico, ni como dramático (el *Pelayo*, *El delincuente honrado*, o la traducción en verso de la “Ifigenia” de Rancine, recientemente rescatada), es Jovellanos un autor considerable. De no haber sido por su prosa, figuraría, sin duda, entre los poetas olvidados del XVIII y entre los dramaturgos menores. El *Pelayo*, ni más ni menos que cinco actos en romance real, representados en 1792 con el título de *Munuza*, es un intento épico irremediadamente fallido, y *El delincuente honrado*, una exagerada manifestación de didactismo lacrimógeno. Pero le realza su obra de economista, proyectista, jurista, perito en arte, ensayista y diarista, diversa y a la vez coherente en todos sus términos. Como afirma Manuel Cardenal, “hay un rasgo que domina y unifica todos los escritos de Jovellanos: el carácter moral”.

IV. AFÁN DIDÁCTICO EN LA PROSA JOVELLANISTA

Jovellanos escribía con afán didáctico. Imprescindible en el autor didáctico es que se le entienda. Si no se le entiende, no adelanta nada y pierde el tiempo. Pero el problema de los didácticos es que, deslumbrados por su doctrina, no se preocupan de presentarla con la más elemental claridad. Es el caso de tantos historiadores “científicos” de ahora, que para demostrar que se encuentran absorbidos por su ciencia, desprecian como cosa de menor cuantía la sintaxis. Así, lo que no se sabe expresar, se vuelve críptico. Caso distinto era el de Jovellanos, que escribió con claridad, no solo porque supiera que en la claridad se encuentra la mayor elegancia de la prosa, sino porque escribía con una finalidad política o didáctica. Es el caso del *Informe sobre la Ley agraria*, por citar uno de sus textos más conocidos. ¿Es éste informe el mejor ejemplo de su prosa? En parte sí, porque expone sin confusiones lo que se propone exponer: pero es capaz de prosa mucho mejor, como la del *Elogio de Carlos III*, aunque menos ceñida. Según los casos,

el prosista Jovellanos era efectivo o era elocuente. La elocuencia es una categoría artística que hubiera sido innecesaria en sus informes, memorias o discursos sobre asuntos concretos, como el de la ley agraria, la educación pública, los espectáculos, la exportación de aceite a reinos extranjeros, el establecimiento de un montepío para nobles de la Corte, o sobre las carreteras y la industria de Asturias. Por cierto, Asturias tiene una importancia grande en la obra de Jovellanos, no solo como preocupación, sino en su prosa, como observa Menéndez Pidal: “Lejos de toda afección de clasicismo rígido, la prosa de Jovellanos es la primera de un grande autor moderno que nos ofrece un nuevo elemento de riqueza: el “provincialismo”, usado intencionadamente como recurso artístico, para lograr una expresión breve y pintoresca”. Y cita como voces asturianas “bígaro”, “solmenar”, “peñerar” (cerner), “escabellar” (resolver papelotes), etc.

La prosa de Jovellanos va desde la elocuencia elegíaca del *Elogio de Carlos III*, a la enérgica y cortante concisión de la carta al obispo de Lugo, de la precisión de claridad de sus informes y memorias a la mayor ligereza e incluso familiaridad de sus cartas. Anotemos la carencia casi completa de sentido del humor. Aunque se considera que el humorismo de los asturianos es de filiación casi británica, no se da en sus escritores más destacados: en *Clarín* no hay humorismo, sino sarcasmo, y Palacio Valdés carece de finura y de ingenio. Tan solo Ramón Pérez de Ayala, con la ironía de su prosa pedantesca, puede considerarse como un humorista. Jovellanos era un escritor demasiado serio para permitirse el humor: pero tampoco debe cuidarse de que no se manifieste, porque no lo tiene. Tanto en la prosa como en el verso de Jovellanos se pueden encontrar rasgos muy estimables. Gerardo Diego califica a su prosa como “extraordinaria y conmovida”. Pero no hay humor en ella, ni color, ni calor excesivo. Es la buena prosa de un buen escritor que expone cosas muy interesantes, algunas todavía vigentes hoy. El buen juicio, la sensatez, el conocimiento concienzudo de los asuntos tratados, predominan en su prosa. Pero con “buen sentido” no se hacen obras que en el aspecto literario lleguen hondo.

Hay, claro es, excepciones importantes. Ya nos hemos referido al *Elogio de Carlos III*. La *Defensa de la Junta Central* es uno de los alegatos mejores de la prosa española de toda época. El autor se encuentra en su tramo final. Ya no necesita contenerse, ni es comedido, ni quiere serlo. Es otro Jovellanos, aquel que después de una vida apacible se vuelve hombre de acción a la fuerza, ya cumplidos los cincuenta años de su edad. En la madurez, Jovellanos actúa como suele hacerse en la juventud. Gobierna, es desterrado, incluso padece un atentado por envenenamiento que pone en peligro su vida, y en los últimos años lo encontramos errante en el mar, refugiado en pequeños puertos, en Muros de Noya, a donde llega escapando de las intrigas de Cádiz y donde permanece varado, por emplear un término mariner, desde marzo de 1810 hasta el 17 de julio de 1811, y en Puerto de Vega, a donde llega en arribada forzada, huyendo de los franceses que amenazaban Gijón, y que será su

puerto definitivo. Bajo los días más cortos del año, fallece Jovellanos en Puerto de Vega el 28 de noviembre de 1811.

En la “Memoria” concurren diversos géneros e intereses: es a la vez defensa y ataque contra los impugnadores, y documento histórico de primera mano, y una muestra, en prosa magnífica, de que el circunspecto Jovellanos puede indignarse con elocuencia desde su irreprochabilidad moral, el tiempo que recuerda su trayectoria sin justificarse:

¿Y qué?, después de haber servido a mi patria por espacio de cuarenta y tres años en la carrera de la magistratura, con rectitud y desinterés, desempeñando muchas muchas extraordinarias comisiones y encargos del gobierno, todas a mi costa y todas con notorio provecho del público: después de haber sufrido por mi amor a la justicia y horror a la arbitrariedad, una persecución sin ejemplo en la historia del despotismo, y en la que, sin precedente culpa, juicio mi sentencia, me vi de repente arrancado de mi casa, despojado de todos mis papeles, arrastrado a una isla, recluso, por espacio de trece meses en un monasterio, trasladado después a un castillo y encerrado y enterrado en él por otros seis años: después de obtener mi libertad al punto mismo en que empezaba a peligrar la de mi patria, no solo abracé con firmeza la santa causa de su defensa, sino que me negué a todas las sugerencias y ofertas lisonjeras con que la amistad y el poder procuraron empeñarme en el opuesto partido: después de nombrado para el gobierno central, cuando los muchos años y trabajos y una prolija enfermedad tenían arruinada mi salud, no solo renuncié al deseo de conservar mi vida, sino que consagré sus restos al servicio de mi nación, admitiendo aquel encargo, y dediqué a su desempeño la aplicación más continua y el más puro y ardiente celo: después, en fin, que al cabo de tantos trabajos y servicios, y cuando creía haber coronado, con éste último, todos los de mi larga carrera, me veo atacado y ofendido en mi honor, y desairado y insultado en mi persona, ¿podrá haber quien culpe que salga a defenderla y sincerar mi conducta, o habrá quien me niegue el consuelo de barcar en la equidad y justicia de mis conciudadanos el desagravio de tantas injurias y en su gratitud y afecto la recompensa de tantos servicios?.

Se trata de una sola frase, recorrida por bien trabadas oraciones subordinadas, regidas por el mismo verbo, que desembocan en la pregunta final. Tal alarde digno de fray Luis de Granada exige un completo dominio de la construcción de las frases, cuya flexibilidad pone a prueba. Se objetará que es una expresión en exceso oratoria, pero da igual: es prosa de resonancia clásica y ha sido una verdadera pérdida para nuestra cultura y nuestra lengua que se haya dejado de escribir así.

Añadamos, como prosa literaria de primer orden, la descripción de Bellver, página de un poeta de la prosa más que de un poeta en prosa, género que pondría en circulación Baudelaire un siglo más tarde y que daría lugar a demasiadas aberraciones hispanoamericanas, y como prosa informativa, las cartas a don Antonio Ponz, y, en fin, los *Diarios*, en los que se reúnen las mayores virtudes de Jovellanos como prosista, desde los relatos de viajes y las apreciaciones artísticas, que los emparentan con las cartas a Ponz, y de todo tipo, hasta los arrebatos inesperados de sensibilidad poética. Pasa por ser estos “Diarios” los mejores de la lengua española.

Los *Diarios* registran, día a día, los sucesos de una existencia no especialmente extraordinaria. Abrámoslos al azar, el 30 de marzo de 1797, por ejemplo: “Mal tiempo, siempre al noroeste. Discurso, Carta a Caveda, interrumpida. Tarde de paseo por la calle del nordeste dos veces. Al Instituto: ejercicio poético. A la playa con Llanos; frío. Por la mañana, despedida de Gaztañaga, que partió a la una. Chimenea. Me resfrié. Cook. Correo; Cabarrús envía informes de la comisión de Guadalajara, pero no escribe. Nada nuevo”.

No son los diarios de un hombre de gobierno ni los de un sabio en ejercicio. Su mayor interés radica en que contienen las anotaciones diarias de un caballero particular que hace determinado tipo de vida y tiene ciertos intereses e inquietudes. Uno de sus intereses es la meteorología: prácticamente en todas las entradas anota el tiempo que hace. Quienes desconocen la climatología cantábrica suponen que en estas latitudes se habla del tiempo porque no encuentran otro asunto de conversación. Ya lo decía Bernard Shaw: la meteorología tiene por objeto dar un tema de conversación a los ingleses. Mas si los asturianos y los ingleses hablan de meteorología es porque les interesa, y al menos dos asturianos, Tirso de Avilés y Jovellanos, pueden ser considerados como escritores meteorológicos. Jovellanos hace observaciones sobre la luna, no solo como objeto poético, sino como parte de la meteorología agraria.

No son diarios íntimos: nada más lejos del patricio gijonés que el subjetivismo arrebatado de Amiel o Marie Lenéru, almas enfermizas, solitarias y desgraciadas, que convierten el diario en su confidente. Los de Jovellanos son de carácter externo, como los de Pepys, Walter Scout o Stendhal, en los que se anotan las cosas que en opinión de sus autores merecen anotarse, aunque se trate de sucesos mínimos. Son los diarios de personas que tenían buena opinión de sí mismos y consideraban tan interesante su vida cotidiana como para consignarla por escrito. En Jovellanos no encontramos tantas opiniones sobre personas como sobre posadas y caminos. Nos comunica sus ocupaciones diarias, sus conversaciones, sus lecturas, sus correspondencia, y cuando sale de viaje, señala con exactitud el itinerario: “A caballo a las tres dadas, por Contrueces, Granda, Vega, San Martín; todo el camino de cascajo; desde lo alto, vuelta a ver la magnífica vista del concejo de Gijón”; y de repente, la anotación casi lírica: “la escena teñida de una dulce niebla que hacía más agradable el país”.

Y continúa hasta la Pola, donde le aguarda una buena cena: dos ollas, dos guisados, truchas fritas, salmón en escabeche, dulce y queso. Las camas “limpias pero malas, con jergón y hundidas”. Las noches de las posadas eran con frecuencia lamentables: las camas malas, las moscas, el humo. Pero compensa la belleza del paisaje: “Grandes peñascos derrumbados de las cimas; se puede señalar el lugar donde fue arrancado cada uno; algunos están en la parte opuesta del río, alguno en su lecho, otro al pie de la cima matriz; crecen los montes cubiertos hasta la cima de árboles hermosos y espesos. Gran montaña de Covadonga; lo mismo en la cima; lo de más escarpado y derrumbado; vese a una y otra parte del río algún peñasco de estos enormes”. También hay belleza en las adversidades atmosféricas: “Ayer, nordeste frío y tiempo claro; viento tempestuoso, al nordeste; vuelve a reinar por la mañana con más claridad”. Con estilo telegráfico, Jovellanos va señalando su inagotable curiosidad, mostrándose unas veces geólogo, otras botánico, otras arqueólogo, otras ingeniero de caminos, otras buen gastrónomo, otras afectuoso y sensible a la amistad, y siempre atento a los cambios de luz y de color, a la belleza del paisaje: “Gran helada, tiempo bellissimo”; “el día claro, el tiempo fresco, el espectáculo magnífico; a su vista se siente un placer inexplicable”. Y quien mira el paisaje, mira las edificaciones; “Es famoso el castillo y bien conservado en el exterior; tiene dos altas y hermosas torres que dominan todo el país”. De repente, la apreciación poética o la nota de color: “Se ven las Médulas en la altura, tras la montaña que baña el Sil. Son unas tierras rojas, derrumbadas, que representan ruinas como las que dijimos de la orilla. Me parece que cuando las vi hace diez años no estaban tan vestidas de verde como ahora”.

Las cartas a Ponz, publicadas por Caso con el título de “Cartas del viaje de Asturias”, coinciden con el espíritu y el estilo de los “Diarios”. Son cartas de gran variedad acerca de un territorio reducido: la primera y la tercera describen viajes, la segunda y la cuarta edificios, la quinta contiene la descripción topográfica del Principado, la sexta y la séptima son de asunto económico, la octava y la novena etnográfico, y la décima se ocupa del escultor Luís Fernández de la Vega.

Recientemente, la edición de sus obras completas de la editorial KRK recoge en el tomo XII sus “Escritos sobre literatura”. Son sus censuras, juicios, memorias e informes sobre asuntos literarios, apuntes biográficos, etc.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN

Muchas de las obras consideradas no sobrevivieron a su tiempo; al enjuiciarlas, siempre tiene en cuenta el censor los valores literarios. En pocos casos se refiere a obras clásicas fundamentales: al “Libro del Buen Amor” del Arcipreste de Hita, o al “Quijote de la Cantabria”, de Ribero y Larrea, que le permite afirmar que el libro de Cervantes es inimitable. Su “Carta sobre la poesía provenzal” es erudita y al tiempo tiene

en cuenta que está tratando de algo de otra índole como es la poesía. La prosa de Jovellanos es didáctica en buena parte, pero con un didactismo práctico y valioso: al estar bien escrita, anima, incita y enseña a escribir bien. Él, explícitamente, proponía que se estudiara castellano antes que latín, algo que ahora se está perdiendo, en las escombreras de la modernidad.